

bian pleiteado con los labradores intrusos los antecesores del abad Vulfecramno de San Benigno, Richimaro y Bertholdo y habían hecho la ceremonia de tomar posesión en la forma acostumbrada, por todo lo cual quedó reconocida la citada basílica por dueño de la hacienda.

En agosto del año 664, hallándose el rey en Nîmes, oyó é hizo justicia á la queja del abad Valdaleno del monasterio de Beze en el país de los atuares, diócesis de Langres.

Los padres de Valdaleno, Amalgaro y Aquilina, habían fundado el monasterio de San Pedro y San Pablo, del cual su hijo era abad, y que seguía la regla de San Columbano y San Benito. Posteriormente este monasterio había sido atacado y saqueado por una banda de malhechores que se habían llevado también los documentos de donación y demás instrumentos otorgados por los fundadores, por lo cual el abad solicitó del rey una cédula de confirmación de todas las propiedades del monasterio, la cual el rey concedió. El número de haciendas, villas, cortijos, viñas, molinos, bosques y prados, todos con sus familias de siervos, y demás dependencias y accesorios, era infinito; y para hacer en toda regla la entrega y restitución de la parte arrebatada, y zanjar todas las cuestiones, reclamaciones y pleitos, el rey, á solicitud del abad, nombró en 18 de agosto de 666 como procurador ó comisario régio al magnate Gengulfo. Prescindiendo de muchas grandes posesiones que hoy no pueden identificarse, de innumerables viñas, bosques, campos, prados y pastos sueltos, copiaremos aquí solamente las siguientes: Vièvine con todas sus dependencias y bosques; Beire-la-Ville, Trèges, Buteau, Veronne, Oisilly con sus dependencias, bosques y colonos; Blagny, Attigny, Neuilly, Couchey, Vône, Longvic, Chenove, Aiseray, Trimolois, Daix, Prenois, Gevrey, Chaigny, Perrigny, Maast, Autrey, Bouhan, Talmey y otros.

Estos documentos son importantes por lo instructivos, porque indican claramente que entonces y desde entonces hasta el siglo VIII, una tercera parte del suelo del vasto imperio franco se hallaba en manos de la Iglesia. Las consecuencias de tan inmensos latifundios fueron las mismas con poca diferencia que en el imperio romano se habían producido por la misma causa: la destrucción, y el aniquilamiento de los cultivadores libres de la clase media y baja; solo que en el imperio franco la acumulación de bienes en poder de la Iglesia fué un elemento grande de civilización y de conservación de las prácticas agrícolas y otras artes manuales, pues la Iglesia en aquellos siglos era la depositaria fiel de los adelantos materiales é industriales del mundo antiguo. Por otro lado, sin embargo, bajo el punto de vista social y bajo el aspecto político, estas acumulaciones de dilatadas propiedades en manos de la Iglesia y de los magnates seculares produjeron un efecto positivamente funesto, pues no solo hicieron desaparecer el pueblo libre, sino que encumbraron á la nobleza secular matando con esto la monarquía, única defensa de la entidad política llamada Estado ó nación, y del pueblo en los imperios de aquellos siglos.

No parece sino que se había apoderado de estos reyes francos una especie de demencia, pues así se desprendían de propiedades inmuebles y de tesoros de oro y plata para hacer donación á los magnates eclesiásticos y seculares. No era sin embargo demencia, sino el afán de asegurarse el apoyo de estos dos elementos influyentes y el de los santos en este mundo y en el otro; el temor del infierno por un lado y el de perder su trono y su vida en este mundo. Tanto se habían acostumbrado ya el clero y los grandes á recibir las gratificaciones por su afecto y fidelidad, que los enérgicos pero inteligentes y sagaces descendientes de Arnulfo se vieron obligados á seguir la misma pendiente para lograr sus propósitos y mantenerse en las posiciones conquistadas.

Cuatro años solamente conservó Ebroino su mayordomía general sobre los tres reinos francos y su influencia sobre el jóven merovingio que reunía en su cabeza las tres coronas, porque en el año 660 fué elevado al trono de Austrasia Childerico II, el hermano menor de Clotario (660-673), por consejo de los grandes, y éstos nombraron al duque Vulfoaldo mayordomo del nuevo rey. Dice Bonnell que en su lugar deberían haber buscado al heredero legítimo, Dagoberto, enviado por el usurpador Grimoaldo á un convento en Irlanda; pero todos le creyeron muerto, hasta que sus parientes y partidarios supieron despues por algunos navegantes, que vivía todavía sano y robusto, y así lo dice Heddins Stephanus en su biografía del arzobispo Vilfrido de York (1).

Clotario III conservó la Borgoña y la Neustria. En la biografía de la reina Batilde llámase ya franceses (*Franci*) á los habitantes de la Neustria en oposición á los borgoñones y austrasianos. Ebroino consintió probablemente en la separación de la Austrasia, porque el querer oponerse á ella habría ocasionado una guerra. Los austrasianos anhelaban desde el tiempo de Dagoberto I tener un rey propio y exclusivo para ellos, y tan pronto como Childerico hubo alcanzado cierta edad habría sido peligroso oponerse á su deseo de tenerle por rey suyo, á lo cual accedieron probablemente los magnates de todos los tres reinos. Vulfoaldo acompañó al régio niño á Austrasia, donde se le asoció con el carácter de directora su tia Elmhilda ó Chinequilda, viuda de Sigeberto III, que había firmado con éste el nombramiento de San Amando para la silla episcopal de Maestricht. No se sabe nada respecto de lo que hicieron Chinequilda y el mayordomo para evitar conflictos; mas parece que además de estos dos personajes, ejerció también bastante influencia el obispo Rotaro de Estrasburgo. Como todos los niños merovingios, casóse Childerico muy temprano, siendo su esposa Biliquilda, que segun se vé por un documento del 6 de setiembre del año 667, firmó con su esposo los documentos emanados de la corona.

Muchos son los documentos que existen todavía del reinado de Childerico II. En uno que data del 1.º de agosto del año 661 ó 662, él y la reina viuda Chinequilda, que firma, mientras el rey niño por no saber escribir todavía pone solamente un signo convencional, hacen donación al obispo Amando de la hacienda de Barisy, en el distrito de Laon, con todas las dependencias y varios privilegios. Este documento va dirigido al conde Bertuino y al vicario Bertelando.

En otro documento que data del tiempo comprendido entre los años 660 y 662, el rey por consejo de la reina y del obispo Rotario hace donación de diferentes propiedades de la corona al convento de San Gregorio en los Vosges. Este documento va dirigido para su ejecución al duque Bonifacio, probablemente jefe de la fuerza armada de Alsacia, todo «por consejo de todos los sabios francos que habitan en nuestro palacio.»

Entre los años 664 y 666 y á ruegos de la reina «Emnequilda,» de los obispos Clodulfo y Crotaro, y de los duques Amelrico y Bonifacio, concede el rey á la iglesia de San Mariano y de San Estéban de Spira, ocupando la silla episcopal Dragobodo (desde 660 hasta el año 700 con poca diferencia), la exención de las contribuciones y gabelas impuestas habitualmente por los francos á los pueblos sometidos (que en este caso serían los alamanes), incluso la obligación de acudir al servicio del rey con su gente armada.

En 4 de marzo de 673 hace el rey donación al monasterio de San Gregorio en Alsacia, hoy Munster en Georghenthal,

(1) Véase Mabillon, tomo IV, pág. 500.

de los siervos y habitantes de Munzenheim y Ohnheim con sus tierras del Estado y con exención de cargas y prestaciones. La ejecución de estas donaciones se encarga al duque Chadio (quizás idéntico con Etico) de la Alsacia, sucesor desde 666 del ya mencionado Bonifacio, y al conde Rodiberto de la Alsacia Alta. Este documento contiene indudablemente interpolaciones.

En otro instrumento del 4 de marzo de 673, concede Childerico á ruegos de Ber caro, abad del monasterio de Putioli, fundado por él mismo en el bosque de Dervus (Moutier-en-Der) á orillas del Voire, inmunidad jurídica y de impuestos.

Batilde, cansada de hacer de mediadora en los continuos conflictos entre el mayordomo Ebroino y los magnates de Neustria y Borgoña, renunció en 664 á la regencia y se retiró al convento de Chelles, donde murió diez y seis años despues, en 680. Ebroino, libre de la influencia conciliadora de la reina viuda, empezó á tomar una actitud mas enérgica que nunca. Así los historiadores de aquella época, autores de biografías de santos y eclesiásticos como éstos, acusan al mayordomo de haber desterrado y ahuyentado á sus adversarios políticos y de haber agobiado al país con impuestos y gabelas, censura que en aquellos tiempos se hacia en el imperio franco á todos los gobernantes enérgicos y que seguían un plan determinado. Los que principalmente le censuraban eran los obispos, entre los cuales el de Autun, Leodegario, se distinguía, segun hemos dicho antes, como adversario inflexible de Ebroino. La historia de la vida de Leodegario, escrita por un partidario fanático suyo, demuestra, muy contra la voluntad de su autor, que este prelado era vanidoso y soberbio, y como muchos otros miembros del clero, despreciaba á los funcionarios de la autoridad civil que cumplían con su deber, por mas que muchos de éstos fuesen hijos adictos y servidores celosos de la Iglesia. Sabido esto podemos ya formar una idea de la antipatía profunda que debía inspirarle un mayordomo como Ebroino, defensor no solamente enérgico sino hasta brutal y aun feroz del poder y autoridad de la corona. La renuncia de la regente y su retirada á la vida contemplativa parecen haber reconocido por causa inmediata un conflicto entre Ebroino y otro prelado, el obispo Sigibrando, que pagó con la vida su insolente desprecio del poder civil. La regente trató de salvar al prelado, y por un momento pareció que iba á estallar un gran conflicto; pero por lo visto prefirió Batilde retirarse del mundo, á lo cual, por supuesto, no se opuso el mayordomo probablemente con el asentimiento de todos los magnates. No dimitió la reina la regencia ante una asamblea de la nobleza, dice su biógrafo, «para que su retirada al convento no pareciese como consecuencia de una resolución adoptada por la nobleza misma, sino como ordenada por la Providencia divina.» Esta mezcla de fe religiosa y de astucia es muy característica. El biógrafo añade que la reina tenía motivos para estar disgustada de los hombres á quienes había hecho poderosos y que fué recibida en el convento con todos los honores y gran cariño. Desde allí se restableció la paz, por mediación de obispos, entre ella y la nobleza, es decir, entre ella y Ebroino y su partido, pidiendo ella perdón de todo aquello en que pudiese haber faltado.

Desde la entrada de la reina en su convento en 664 hasta la muerte del jóven rey en 670, Ebroino gobernó la Neustria y la Borgoña como autócrata, pero siempre como defensor del trono y de sus privilegios. Un monje de Autun, primer biógrafo del obispo Leodegario y su partidario fanático, pinta este período de la actividad de Ebroino con colores inspirados por el odio mas feroz. Otra biografía del mismo prelado (que murió en 678), escrita hácia el año 690 por el abad Ursino de Ligugé, partidario también de Leodegario, como es de suponer, presenta las cosas en general de una manera mu-

cho menos acerba (1); y finalmente, tenemos del mismo prelado otra biografía de un anónimo, que es una copia de la anterior con grandes interpolaciones.

Transcribiremos aquí lo mas sustancial de estas biografías: «San Leodegario era de estirpe noble, y segun la costumbre de las familias nobles, fué colocado desde tierna edad en el palacio del rey, que era entonces Clotario II, para recibir allí la educación cortesana. Despues le tomó bajo su dirección su tío materno, el obispo Dedo ó Dido, de Poitiers, que le hizo instruir en las ciencias por un piadoso clérigo; á los veinte años fué ordenado de diácono y luego nombrado arcediano. Entre todos los de su clase sobresalía el jóven Leodegario por su talento, elocuencia y especialmente por sus conocimientos en las leyes civiles, su severidad y rigidez para con la gente laica y mundana y por sus conocimientos en materia de dogmas y cánones; de modo que siendo arcediano dominaba y gobernaba ya la diócesis de Poitiers, manteniendo la disciplina y la paz con rigidez inflexible. Fué nombrado abad del monasterio de San Maxencio, y llamado despues á la corte por la reina y el rey Clotario III, noticiosos de su gran saber, en pocos días se granjeó el afecto de los dos y de casi todos los obispos y magnates; por lo cual los reyes, ó como dice el biógrafo, «los primeros de los francos,» le nombraron obispo de Autun, á fin de que restableciera el órden en aquel distrito episcopal, donde una competencia entre dos obispos electos había costado la vida á uno de ellos y puesto en confusión toda la diócesis. Leodegario restableció rápidamente el órden haciendo severa justicia y sembrando el terror con su rigor inflexible. De su gran riqueza, así como de su amor á las artes, son prueba las iglesias que hizo construir y las alhajas con que las dotó. Tan pronto como supo, dice su segundo biógrafo Ursino, el fallecimiento de Clotario, corrió á palacio, donde se puso á deliberar con sus colegas sobre el sucesor del rey difunto. Ebroino quería que fuese Teodorico, el mas jóven de los tres hermanos, lo cual era indudablemente lo mas correcto, porque á cada uno de los tres, segun la costumbre seguida por los merovingios y por todo el pueblo franco, correspondía una tercera parte del patrimonio, es decir, en el presente caso, uno de los tres reinos francos; y como el hermano segundo era ya rey de Austrasia y los austrasianos querían formar un reino y pueblo aparte, tocaba á Teodorico la sucesión en el trono vacante del reino unido neustro-borgoñon. Sabiendo Ebroino por otros que Leodegario intentaba oponerse á esta decisión, como se oponía arrogantemente á todo cuanto el mayordomo disponía y mandaba, y temiendo su elocuencia, contra la cual Ebroino no podía luchar, tomó la precaución de prohibir la entrada en el palacio á todo borgoñon que no fuese expresamente llamado por él. Dice el biógrafo segundo, el único que menciona esta órden prohibitiva, que Ebroino la dió á manera de cebo para coger á los poderosos que la violaran por necesidad ó soberbia y luego exterminarles. El tiro iba directamente contra Leodegario, que tenía de su parte casi todos los varones poderosos de Borgoña, de cuyo reino formaba también parte su propia diócesis de Autun. Mas el mayordomo tenía contra sí no solamente los magnates de este reino, sino también muchos de Neustria que temían su rigor y tiranía, por cuya razón se pasaron al partido de Leodegario y proclamaron á Childerico rey de Borgoña y de Neustria. Ebroino, enterado de todo, había puesto en juego su rapidez de acción, astucia y energía, y proclamado ya á Teodorico.

Sus adversarios le acusaron de haber hecho dar muerte á muchos nobles inocentes, ó culpables solo de faltas insignificantes. El caso era que había acusado á Ragneberto, hijo de

(1) Véase para estas biografías la colección de Mabillon.

un duque poderoso de haber querido matarle, en union con dos próceres de palacio, Bodo y Guiscando, con ó sin la órden del rey. Tambien tachan esos autores eclesiásticos á Ebroino el ser de bajo origen, odiar por lo mismo á la gente de elevada alcurnia y haber seguido el sistema de alejarlos del palacio y de todo puesto influyente para poner en su lugar á gente de clase baja y mas flexible que los de noble cuna. Esta acusacion no nos debe admirar, porque en la historia de los santos de aquellos siglos vemos en efecto que segun sus biógrafos descendian generalmente de familias distinguidas y poderosas, primero de familias galo-romanas, como las únicas civilizadas, y andando el tiempo tambien gradualmente de familias francas. Hoy no sucede así, porque la historia nos enseña que salvas situaciones excepcionales, el principio democrático de la Iglesia ha seguido admitiendo todos los talentos, sin distincion de origen ni de riqueza, hasta en los puestos mas elevados, á cuyo principio debe en no pequeña parte su gran poder universal. Conociendo como conocemos mejor hoy aquella época y la situacion de la Iglesia en medio de un pueblo invasor y rudo, no puede admirarnos que la mayor parte de sus santos descendieran realmente de padres galo-romanos cultos y capaces de ideas elevadas.

La segunda biografía de Leodegario dice que Ebroino prohibió á los nobles de Borgoña la entrada en el palacio real para impedir toda asamblea de magnates para la eleccion del sucesor al trono; pero al propio tiempo confiesa que esta prohibicion databa ya de una época muy anterior, y admite que cuando Leodegario y los suyos quebrantaron la prohibicion y se rebelaron formando una faccion aparte, estaba ya Teodorico proclamado por rey legítimo, porque dice: «Al saber la multitud de nobles que acudieron para presentar sus homenajes al nuevo rey que Ebroino habia prohibido la entrada en el palacio, convinieron todos en apartarse y proclamaron rey á Childerico, que ya lo era de Austrasia, y declararon destituido á Teodorico. Los que no se conformaron con esta resolucion no tuvieron mas recurso que huir porque se les amenazó con ser quemados vivos.» Esto prueba que no todos se pasaron al partido rebelde y que de consiguiendo los leales no debian temer la tiranía de Ebroino, pero por lo pronto menguó tanto el partido de Ebroino que éste quedó reducido á la impotencia.

Viéndose así abandonado, presentóse al rey Childerico suplicándole que le hiciese gracia de la vida, le dejase retirarse á un convento y tomasen los grandes todo cuanto le pertenecia. La biografía segunda dice respecto de esta retirada que Ebroino no se presentó á Childerico, sino que se acogió á un asilo sagrado para librarse de la venganza de este rey y de sus partidarios. El rey Childerico, accediendo á las súplicas de los obispos, especialmente de Leodegario, dejó la vida al mayordomo, pero le hizo entrar monje en el monasterio de Luxeuil. Al mismo tiempo, por consejo de los grandes, mandó rapar la cabeza á su hermano Teodorico y encerrarle en el monasterio de San Dionisio, bajo la vigilancia especial de un sacerdote, acaso del mismo abad.

Desde entonces quedó el poder en Borgoña en manos de Leodegario, aunque no tuvo el título de mayordomo. «En muchas partes, — dice el biógrafo, — fueron saqueadas las riquezas, y lo que el malvado Ebroino habia acumulado á fuerza de iniquidades quedó pronto y mercedamente dispersado.» Por supuesto que el piadoso autor no dice que éstos bienes mal adquiridos hubiesen sido restituidos á sus legítimos dueños.

Otra prueba de que Ebroino y quizás tambien Vulfoaldo fueron en todo verdaderos y fidelísimos mayordomos y miraron por el interés de los reyes, y no por el de la nobleza,

ofrece la prisa que se dieron los magnates á arrancar del rey disposiciones inspiradas probablemente por Leodegario, el sagaz jurisperito, y encaminadas á cercenar el poder del mayordomo, «á fin, — dice el biógrafo, — de que nadie pudiese en adelante proceder tan despóticamente ni tratar á los demás con la altivez con que les habia tratado Ebroino.» Este fué, pues, el gran crimen del mayordomo y la causa del odio que los magnates le tenian. Las disposiciones arrancadas al rey para reducir el poder del mayordomo son bastante oscuras, pero se proponen imposibilitar la transmision de la mayordomía por herencia, limitando el ejercicio de este cargo á un tiempo fijo y corto, ó hasta que la mayoría de la nobleza pidiera un cambio proponiendo el nuevo mayordomo, que recibiría del rey su nombramiento. Segun esto, quedaba la nobleza árbitra de destituir á todo mayordomo que no le conviniera. Además, el mayordomo estaba obligado á respetar y conservar las leyes, usos y costumbres en los tres reinos, con lo cual se impedia la traslación de los condes y otros funcionarios del rey de un reino á otro cuyas leyes y costumbres ignoraban. «De esta manera, — dice el biógrafo ingenuamente, — podia tocar este elevado cargo sucesivamente á todos los magnates.» Esto venia á decir en lenguaje moderno que el rey debía servirse del ministro que le impusiera la mayoría de la aristocracia.

A la sazón no habia mas que un mayordomo en todos los tres reinos, que era Vulfoaldo, salvo en Borgoña, donde lo era solo de nombre, pues que allí gobernaba en realidad Leodegario, pero no como defensor exclusivo de los intereses de la Iglesia sino tambien como protector de los de la nobleza, con cuyo auxilio habia derribado á Ebroino, como lo confiesa su biógrafo Ursino, que dice: «Puso otra vez en vigor las disposiciones adoptadas por los reyes y los próceres principales y mas acreditados por su conducta loable, disposiciones violadas por Ebroino, y restableció en todos los imperios francos el antiguo estado, por manera que todos quedaron muy contentos de tener á Childerico por rey y á Leodegario por director del palacio.»

Otras fuentes, leyendas y vidas de santos, escritas por eclesiásticos, componen casi el único material histórico de aquellos tiempos, como la *Vida de San Prix (Prajetus)*, obispo de Auvernia (1), segun la cual Leodegario se hizo muchos enemigos con sus injusticias, las cuales muy pronto le hicieron perder el favor del rey. Véase el suceso que refiere esta biografía: «San Preyecto, obispo de Auvernia, tuvo un conflicto con el primer magistrado-gobernador (*patricius*) de la provincia de Marsella, Héctor, hombre infame que habia robado á su esposa, hija de una piadosa señora de Auvernia llamada Claudia, y que á la muerte de ésta solicitó del rey la anulacion de las donaciones que la difunta habia hecho por testamento á favor del obispo con destino á los pobres. Para ello, entendiéndose con Leodegario, consiguió que el rey citara al obispo ante su tribunal, á fin de que respondiera y se vindicara de la acusacion.»

El obispo se presentó en palacio, pero siendo víspera del domingo de Pascua de Resurreccion, se negó á responder á la acusacion, apoyándose en lo prescrito por los cánones y la ley romana (2). Al fin tuvo que hablar y se defendió efi-

(1) Véase Mabillon, tomo II, pág. 611 y siguientes. El autor de esta biografía conoció testigos oculares de los sucesos que refiere, pero calla sobre el conflicto con Héctor y Leodegario, que aquí nos interesa. Murió este prelado en el año 674.

(2) Segun Mabillon, refiérese el obispo á la constitucion de Teodosio que ordena que queden suspendidos durante los 15 dias feriados de Pascua de Resurreccion todos los asuntos jurídicos públicos y privados; y á la disposicion del papa Liborio, confirmada por concilios posteriores, de suspender todos los pleitos y causas jurídicas en los dias de ayuno.

cazmente, declarando que habia encomendado á la reina Inniquilda (llamada en otros manuscritos Elmhilda, Chinequilda y Emnequilda) la causa de la Iglesia. Con esto desarmó á sus acusadores, lo que prueba que la reina podia mas que Leodegario; y cuando el obispo se quejó de que se le habia obligado á hacer el costoso viaje á Autun, donde estaba la corte, y á designar fiadores de su persona, cosas que el rey ignoraba, éste y la reina le pidieron perdon de todos estos insultos y los próceres, obispos y magnates le suplicaron que no interrumpiera las vigiliass de pascua y celebrara la misa por la salud del rey y por la paz de la Iglesia. Héctor y Leodegario, sobrecogidos de terror, huyeron del palacio, pero sabido esto por el rey, envió gente en su persecucion y ambos fueron capturados; Héctor fué muerto y Leodegario confinado en el monasterio de Luxeuil.

Las dos biografías de Leodegario discrepan en este asunto entre sí y de la de San Preyecto, porque si bien concuerdan con ésta en cuanto á la huida de su héroe, no la atribuyen á su mala conciencia, sino que el segundo biógrafo de Leodegario dice que el rey se habia hecho odioso siguiendo los consejos de jóvenes, necios y poco menos que paganos, y habia faltado muy pronto á las leyes y disposiciones antiguas, puestas otra vez en vigor por la influencia de Leodegario, al cual conservó no obstante cerca de su persona á causa de su sabiduría. Tanto favor despertó la envidia, que atribuyó á Leodegario todo lo bueno y malo que hizo el rey. Este, destinado por Dios á perecer, no escuchaba ya los consejos de Leodegario, al cual cobró odio cuando el obispo le repudió por su amancebamiento con su prima, hija de su tio materno, y le pidió que se separase de ella. Los cortesanos, compañeros del rey en sus excesos, excitaron su odio á Leodegario hasta que Childeberto trató de matar á su consejero.

Estando así las cosas llegó, segun el biógrafo, el gobernador de Marsella, Héctor, y fué recibido hospitalariamente por Leodegario; pero el biógrafo, que hace grandes alabanzas de Héctor, nada dice respecto del motivo que le llevó á la corte. Pinta, en cambio, al mayordomo Vulfoaldo como ganado por los enemigos de Leodegario y escuchando los consejos de un ermitaño hipócrita llamado Marcelino, enemigo tambien del prelado. El rey, en estado de embriaguez, penetró el dia de Pascua en la iglesia blandiendo su espada y llamando á voces al obispo Leodegario. Este se presentó y le apaciguó; pero temiendo una repeticion de esta escena y para evitar la profanacion y despojo del templo, huyó con Héctor «ante la ira del rey, porque el hombre es débil.» Mas bien afligido que indignado, envia el rey gente en su persecucion.

Capturado Leodegario fué puesto ante el tribunal formado por los grandes que se encontraban en el palacio y que, con Vulfoaldo, le acusaron de haber preparado con Héctor el destronamiento del rey para usurpar el poder. Fué condenado por unanimidad á muerte, y en caso de hacerle el rey gracia de la vida, á encierro perpétuo en el monasterio de Luxeuil. Los obispos y demás eclesiásticos votaron tambien en este sentido, porque deseaban alejar á Leodegario lo mas pronto posible del alcance del rey. En efecto, Childerico se arrepiñtó en breve de su longanimidad y dió la órden de conducir á Leodegario de Luxeuil á Autun para quitarle allí ignominiosamente la mitra y matarle despues; pero por intercesion del abad Hermanaro, que suplicó al rey de rodillas que no le quitase la vida, se escapó Leodegario de esta afrenta. Hermanaro sucedió á Leodegario en el obispado de Autun y cuidó de su predecesor hasta su muerte.

En Luxeuil se encontró Leodegario con Ebroino y ambos se reconciliaron, aunque por la parte de este último hipócritamente, dice el biógrafo Ursino.

La caída de Leodegario fué seguramente obra del mayordomo Vulfoaldo y de los rudos, viciosos y semi-paganos magnates austrasianos de la corte. Este suceso debió de ocurrir despues del 4 de julio de 673, porque de esta fecha existe todavía un documento firmado en el palacio de Compiègne por Leodegario y el mayordomo Vulfoaldo concediendo el rey inmunidad de jurisdiccion é impuestos al monasterio de San Pedro y San Pablo, en Puisseaux (Putioli), representado por su abad Borcario.

Poco duró la mayordomía de Vulfoaldo en los tres imperios francos, la cual fué poco agradable para los magnates borgoñones y neustrios. Segun las *Gesta regum Francorum*, que con pocas modificaciones forman parte de la primera continuacion de la *Crónica* de Fredigaro, el rey Childerico causó gran descontento entre los magnates con su despotismo, hasta que estalló el odio en ocasion que el rey habia hecho atar á un poste y azotar á un franco noble llamado Bodilo ó Bodoleno. Entonces Ingoberto, Amalberto y otros francos de noble cuna se asociaron con Bodoleno; cayeron en el bosque de Livie ó de Bondi, entre Chelles y Saint-Denis, sobre el rey y la reina Biliquilda, que estaba en cinta, y les mataron. Vulfoaldo escapó de la muerte á duras penas y huyó á Austrasia. Leodegario fué llamado del monasterio, y por consejo suyo y de su hermano Gairino fué nombrado mayordomo de Borgoña Leodesio, hijo de Erquinoaldo. Ursino dice que á la muerte del rey corrieron los amigos de Leodegario y Ebroino á sacarlos del monasterio, y ambos, reconciliados, llegaron á Autun; pero que Ebroino, desconfiando de la lealtad de su antiguo enemigo, salió de la ciudad por la noche, dejando que Leodegario, con el apoyo del nuevo mayordomo, volviera á apoderarse por algun tiempo del poder en el reino de Borgoña, no obstante tener tambien allí enemigos. Al saber la muerte del rey, todos los demás desterrados y fugitivos salieron, como Leodegario y Ebroino, de sus retiros, «á semejanza de las serpientes venenosas cuando sienten el sol de primavera,» dice la biografía segunda de Leodegario. Este con Leodesio y gran número de magnates y nobles francos fueron á buscar á Teodorico II, le sacaron del convento y le proclamaron rey de Borgoña y Neustria. Pero antes de esto habíase apoderado tal desórden de estos dos reinos que parecia estar próximo el fin del mundo; en el cielo habia aparecido un cometa (1) que significaba, en opinion del cronista, hambre, cambio de reyes y conmociones de los pueblos, como lo probaron los sucesos, «porque los hombres que debian ser los guias de los pueblos se odiaban y se exasperaron sin cesar los unos á los otros y cada uno hacia su voluntad, procediendo á su capricho sin consideracion á la buena moral. El poder del rey (Teodorico) no estaba todavía consolidado, y los que estaban desterrados regresaron llenos de rencor, atribuyendo á Leodegario todas las penalidades que habian sufrido por sus crímenes.»

En Austrasia, donde se habia refugiado Ebroino, se habian levantado dos partidos, cada uno de los cuales habia elegido un rey, introduciendo de este modo una gran disension entre los hombres principales de aquel reino. Vulfoaldo se acordó de Dagoberto II, hijo de Sigeberto III, encerrado en un convento de Irlanda, y que segun las noticias á que antes nos hemos referido estaba todavía vivo, y le proclamó rey de Austrasia en 674, durando su reinado hasta 678. San Vilfrido, arzobispo de York, envió al nuevo rey á su país, proveyéndole de todo lo necesario para el viaje y dándole un acompañamiento adecuado; pero antes de su llegada otro grupo de magnates, eclesiásticos y laicos, acaudillado por

(1) En agosto, y fué visible durante tres meses, segun dice Bueda en su *Historia eclesiástica*.